

CUADROS DEL MUSEO DE LA VIDA.

A mi buen amigo Rafael Reynot.

I.

El cuadro representa la modesta y alegre habitacion de un labrador: al través de las ventanas, allá en el último término, se distinguen las copas de los árboles.

En primer término se vé un jóven alto, esbelto, cuyo rostro pálido y delgado, está contraído por esta espresion estraña. No parece sino que quiere contener las lágrimas que asoman á sus ojos, así como trata de desprenderse de una mujer, que está con ambos brazos prendida de su cuello, besando su rostro, y bañándole con sus lágrimas.

Junto al jóven se vé un hombre en la edad madura: su mano izquierda aprieta la de aquel en actitud de despedida, y alza la derecha sobre su frente para bendecirle: su faz espresa un sentimiento sumo al par que un esfuerzo de voluntad supremo por permanecer sereno.

En segundo término se vé una jóven como de quince años, con los ojos azules y los cabellos rubios, como deben ser los ojos y los cabellos de los ángeles. Sus brazos torneados y desnudos caen sobre el tosco sayal y la cabeza está inclinada sobre el seno. Al mismo tiempo sus ojos se alzan con notable espresion de sentimiento hácia su hermano, y dos lágrimas ruedan por sus mejillas, como dos gotas de rocío por los pétalos de una rosa.

Sí, es su hermano el jóven á quien la madre no quisiera soltar de entre los brazos, á quien el padre bendice con la accion y desde el fondo de su alma.

Es el hijo de los labradores *que ha caído soldado* y se despide ya de su familia.

¡Quién sabe si acaso para siempre!

II.

El segundo cuadro representa la misma habitacion que el primero. Los personajes son casi los mismos. La situacion es muy distinta.

En primer término se vé un jóven y apuesto oficial con el uniforme de caballería, que abraza cariñosamente á dos mujeres.

La una es muy jóven, la otra no es aun anciana.

Fijáos un instante y reconocereis en el oficial al jóven del primer cuadro, á su madre y á su hermana.

Y no obstante los años no han pasado en vano. El rostro del jóven no es pálido y delgado como en el primer cuadro. Su contestura se ha desarrollado y fortalecido, su rostro se ha ovalado y parece tostado por el sol, y el lijero bello que ornaba su labio ha crecido hasta formar un poblado bigote rubio, elegantemente retorcido.

Los cabellos de la madre comienzan á encanecer y su frente está surcada ya por algunas arrugas.

Las facciones de la jóven se han caracterizado y desarrolládose sus formas: ha perdido la candorosa y poética belleza de la niña; pero ha ganado la hermosura de mujer.

El rostro de los tres personajes del cuadro espresa la alegría y cariñosa ternura.

¡Cómo no, si se vuelven á abrazar al cabo de muchos años el hijo y la madre, la hermana y el hermano!

Y no obstante hay en el cuadro un vacío, una sombra, un no sé qué, que llama la atencion.

Cotejadle con el primero

¡Ay! la muerte ha suprimido un personaje.

No está el padre del soldado... Así se mezclan los disgustos con las complacencias de la vida.

III.

Es una habitacion decente pero sencillamente amueblada.

El personaje principal del primer cuadro lo es tambien del último, pero ya no es un jóven sino un anciano.

La misma mano ha pintado el uno y el otro cuadro, pero entre uno y otro han transcurrido sin duda cuarenta años.

El que aparecia jóven delicado en el primer cuadro, robusto y apuesto en el segundo, se vé en este cuadro sentado en un sillón. Su faz conserva correctos contornos, pero sus cabellos son ya escasos y su bigote, aunque poblado, es casi blanco y está crecido con descuido. Su mirada es dulce, pero firme, la espresion de su rostro, bondadosa y severa á un mismo tiempo.

En segundo término, cerca de él, se vé una mujer que, aunque ya ha pasado de la juventud, llama la atencion por su notable hermosura, por la dulzura y la distincion de sus facciones y la viva espresion de sus negros ojos. Sentada sobre sus rodillas tiene una lindísima niña de corta edad, á la que está enseñando á persignarse.

Allá en el tercer término se vé un chicuelo como de seis á ocho años, que tiene un trozo de caña á guisa de fusil y al que el anciano parece mandar el ejercicio.

Y en último término se vé un armero con sables, espadas y floretes, pistolas y escopetas, y entre ellas colgada una faja de general.

En este cuadro hay personajes nuevos. Una nueva familia.

La mujer anciana del segundo cuadro habrá desaparecido del *museo de la vida*; la jóven habrá ido á formar parte de otro grupo, de otra familia.

En el primer cuadro se vé al hombre jóven, separarse de los vínculos de la familia á cuya sombra habia sido feliz.

En el tercero se vé el hombre anciano en el seno de la familia para ser feliz.

Y realmente ¿qué goces mas legítimos y mas dulces que los del hogar doméstico?

Esa es la felicidad que respira el presente cuadro.

Es la única que alcanzan en el mundo las almas virtuosas.

Eduardo Atard.

A UNA SERRANA.

FRAGMENTO.

¿Por qué, linda serrana, de tu rostro
me ocultas el encanto ruborosa,
y entre el blanco pañuelo
escondes sin piedad la faz hermosa?

¿Mis amantes miradas
marchitarán acaso la frescura
de tus lindas megillas sonrosadas?

¿Ha de perder con verse tu hermosura?

Si esquivas quieres que perdido viva

sin la sonrisa de tus labios rojos,

sin que mi pobre corazon reciba

la dulce luz de tus divinos ojos,

muévante mi suspiro enamorado

y de mi afan las angustiosas quejas.

Yo seré mientras viva desgraciado

si á mi ardoroso anhelo

con tu ternura y con tu amor no dejas.
 Si virginal rubor te veda acaso
 calmar con tu sonrisa mi delirio
 porque nunca en tu pecho se abrió paso
 de los amores el feliz martirio,
 no temas, ángel mio, que yo empañe
 el cristal de tu cándida inocencia;
 sin robar sus matices á la rosa,
 sin ajarla, se puede, niña hermosa,
 gozar su encanto y aspirar su esencia.

Octubre 1855.

P.

UNA TRINIDAD FEMENINA.

(Continuacion.)

X.

Amparo.

Amparo á su amiga Aurelia.

¡Cuántos infortunios me asaltan, mi querida Aurelia! La noche del concierto adquirí la dolorosísima certeza de que Mauricio ama á Elvira y el corazon se me desgarró... aquella noche la pasé llorando. Como te dije, Elvira me era antipática antes de conocerla: sin duda mi alma presentia que habia de ser la rival dichosa que conquistara el cariño del hombre que amo... Me he procurado noticias de ella con la intencion de saber si es capaz de dar la felicidad á Mauricio, y con amargura he sabido que no tan solo no le ama sino que se rie de él; que siendo coqueta por orgullo, ningun hombre le parece digno de su hermosura y no obstante dá esperanzas á cuantos se le dirijen con el objeto de que la sociedad vea que hace muchas víctimas y que las escarnece. ¡Ruin corazon el de esa mujer! me causa repugnancia tal villanía de sentimiento en una jóven... Mauricio aumentará el catálogo de sus conquistas... ¡Yo que le hubiera dado un amor purísimo é inestinguible!... Los hombres son ciegos: muchas veces toman la desventura por la felicidad. Desde que sé que tiene relaciones con Elvira parece que yo le quiera con mas intensidad... Bien dicen que el amar es una locura... Para colmar mis padecimientos mi papá, sin mi anuencia, ha concedido mi mano á un hombre que me ama y que me ha pedido por esposa. Este hombre es el

Conde del Romero. Talento, hermosura, corazon y nobleza reune, pero yo no le puedo querer, y sé que idolatra en mi, y que labraré la desgracia de su vida si le rechazo y... sin embargo le rechazaré con disgusto, sí; pero yo amo á Mauricio y no quiero engañar al Conde fingiéndole un amor que estoy muy lejos de sentir: el Conde no es digno de ser engañado, sino de ser querido. ¡Qué fatalidad! ¡No poder ahogar mi corazon! ¡No ser insensible! Quisiera parecerme á Antonia. Mi papá me ha jurado que he de ser irremisiblemente del Conde, y me he opuesto con todas mis fuerzas: quiere desheredarme si no me caso, poco me importa, prefiero quedar en la miseria á engañar al Conde: la pobreza no deshonor pero la infamia sí.

Tu infortunada amiga

Amparo.

XI.

Tres cartas.

Basilio Lope, el Conde del Romero y Mauricio Rojas al mismo tiempo y cada uno en su casa, están leyendo tres epístolas.

La de Basilio dice así:

«Muy señor mio: Si bien es verdad que no pensaba en contraer matrimonio, tambien lo es que no debo permanecer soltera toda mi vida. V. se ha dirigido á mí con el objeto de saber si le correspondo: voy á contestarle, sí. Le daré á V. la razon de mi asentimiento. V. como hombre ya entrado en años, no debe sentir esas pasiones frenéticas ni esos deseos vehementes que constituyen la locura de mi hermana, y por lo tanto tendrá V. calma, reflexion, lo mismo que yo: por eso le correspondo, pues ha de saber V. que las pasiones vehementes me fastidian y los afectos estremados me hacen reir.

De V. afectísima etc.

Antonia de la Riba.»

Basilio se sonrió y dijo con satisfaccion al plegar la carta:

No me he equivocado; es mi negocio, ganaré el *ciento por ciento*.

La carta que el Conde leía estaba concebida en estos términos.

«Apreciabilísimo amigo: He sabido que V. acaba de pedir mi mano: ¿tendrá V. inconveniente en venir esta noche, mientras el papá esté en el teatro, á hablar conmigo?

Tengo la certidumbre de que no dejará V. desairada á su amiga

Amparo.»

¡¡Me ama!! exclamó el Conde besando la carta con frenesí.
La carta que Mauricio leía era un anónimo. Este era su contenido.

«Mauricio, huid de Elvira, no os profesa amor y os engaña y os pone en ridículo. Si ignorais su pasado os diré que se le han conocido un sinnúmero de amantes, y que de todos se ha aburrido: si no me creéis preguntádselo al Conde del Romero que está bien enterado. Vos sois digno de ser querido con un amor vehemente y sin límites, y no debeis doblegaros á servir de juguete de los caprichos de una coqueta caprichosa.

Quien bien os quiere.»

—¡Esto es una impostura! ¡esto es una infamia! ¿quién habrá escrito este anónimo?... Quizás lo sepa el Conde. Diciendo esto Mauricio salió de su casa con la celeridad del rayo.

XII.

Los dos amigos.

Conde, dijo Mauricio entrando en casa del primero, necesito que me hables con sinceridad.

—Sabes que es el único lenguaje que uso contigo desde que te conocí.

—Acabo de recibir este infame anónimo.

Mauricio se lo entregó al Conde, éste exclamó:

—¡Sí, su letra!...

—¿Su letra? ¿qué significa?...

—Lee este otro billete que yo acabo de recibir.

El Conde entregó su carta á Mauricio. Ambas estaban escritas por la misma mano.

—Es la misma, dijo Rojas, cotejando las letras. Este anónimo será producto de la envidia...

—Amparo es incapaz de sentir pasión tan baja; la estás ultrajando.

—Entonces explícame la vida de Elvira: tú no la ignoras según aquí se me hace saber.

—La vida de Elvira está dicha en cuatro palabras. Es una mujer sin corazón, coqueta por orgullo, variable por capricho, que se ríe de los hombres por ostentación.

—¿Es decir que se ríe de mí?

—Sí, Mauricio; si no me lo hubieras exigido nunca te hiciera se-

mejante confesion; pero sabe que al mismo tiempo que á tí, corresponde al hijo del Cónsul: tardarás poco en cansarla, y te dirá que ya no te ama con la mayor sangre fría el día que le ocurra. Así acostumbra á proceder.

—Ella me dice que el hijo del Cónsul le fastidia... y se ríe de él conmigo.

—A él le dirá que tú le fastidias, y se reirá de tí con él.

—No puedo convencerme de lo que me estás diciendo: no obstante la vigilaré, viviré sobre aviso y... si es verdad lo que me dices ¡desgraciado de mí!... ¡qué desengaño recibiría!... hablemos de otra cosa, esta conversacion me hace padecer. ¿Te ama Amparo?

—Positivamente no lo sé, creo que sí; esta carta así parece que lo indica.

—¿No has pedido esta mañana su mano á D. Eusebio?

—Sí, me trata con tal cariño, con tal deferencia, que he conocido que deseaba que le pidiera la mano de su hija; yo sé que ésta no tiene otra voluntad que la de su padre, y como la amo con delirio me he dirigido antes á D. Eusebio para tener así un auxiliar poderoso para vencer á Amparo: he creído que era el primer paso que debía dar...

—En efecto has obrado con diplomacia: ¿te habrá dicho que sí?

—Desde luego que le insnué mi pretension, no solo ha accedido si no que ha accedido con gusto, estoy convencido de ello. Recuerdo aun sus palabras. «Mi mayor placer será que mi hija sea esposa de tan distinguido jóven, y desde ahora prometo á V. que será suya, aunque ella no le ame. Le doy á V. mi hija bajo mi palabra, á la que nunca he faltado ni faltaré.»

—De modo que aunque Amparo no te corresponda verás satisfecho tu amor.

—Eso nunca; si no me corresponde me asesinará, pero la dejaré libre. Tendría remordimiento de unirme á una mujer á la que no pudiera hacer feliz.

—Y ella es digna de serlo. Es un ángel, añadió Mauricio.

—Tanto peor para obligarla á un casamiento que no acepte.

XIII.

La noble franqueza de Amparo.

Estrañará V., señor Conde, que me haya tomado la libertad de citarle: ruego á V. que me dispense.

—Amparo, de V. es mi vida; puede V. tomarse conmigo cuantas libertades desee, y si todas son como esta tendré el gusto de darle las mas cordiales gracias por cada una de las que se tome. ¿V. desea hablarme?

—Sí, le debo á V. una esplicacion y quiero pagársela.

—¿Una esplicacion?...

—Sí, oiga V.

—Escucho.

—V. ha pedido mi mano á mi papá y él se la ha otorgado. V. me ama...

—Con frenética pasion; es la única vez que he amado.

—Así lo he comprendido...

—¿Y corresponde V. á mi amor sin límites?

—Seré su esposa si V. quiere...

—¡Si yo quiero! ese es mi sueño de oro, esa es la única esperanza de mi vida.

—Oigame V. antes. Aunque le trato poco tiempo me vanaglorio de conocerle. V. posee cualidades inmejorables, y sobre todas una que es para mí la de mas precio; un corazon sensible y generoso... V. ama con un amor poco comun en nuestros dias y merece ver recompensado su cariño por una persona capaz de amarle con igual frenesí... yo, por doloroso que me sea confesarlo, debo decirle, que no puedo darle el amor que V. necesita, porque mi corazon indócil no escuchando la voz de la razon, y contra mi voluntad, se ha desbordado en el torrente de otro amor que ahogará mi vida.

—¡V. ama y ama á otro!...

—No crea V. que es una pobre excusa para decirle que no le correspondo, no; seré su esposa si V. quiere, ya lo he dicho, pero si mañana no encuentra V. en mí el amor que V. tiene derecho á exigir; si me vé V. triste y esposa fiel, pero desamorada; no dirá V. que le he engañado, sino que V. comprenderá que no mando en mi corazon, que mi voluntad es impotente, que mi corazon carece de fuerza. ¡Téngame V. lástima, señor Conde, porque no le amo, que yo á mí misma me la tengo!

—Amparo, su noble franqueza me destroza el alma, y en vez de apagar engrandece la hoguera de mi amor.

A ROGELIA.

«Ce jeune homme pouvait bien nous
faire des vers. — R.

En vano intento, Rogelia,
Mi lira pulsar de nuevo,
Que helada está ya mi alma
Y está helado el pensamiento.
Hubo un tiempo en que bastaba
Para enardecer mi pecho,
Para elevar mi entusiasmo
Y para inspirar mi plectro,
Contemplar por un instante
El carmin de un rostro bello,
De melancólica luna
Los misteriosos destellos
Y de las sencillas flores
El tranquilo oscilamiento,
Que reciben de las brisas
Al ir su aroma perdiendo.

Bastará, hermosa Rogelia,
Escuchar tu dulce acento
Para ilusionar mi alma
Y hacerla sentir el fuego
Que el entusiasmo prodiga
Y que eleva el pensamiento,
Y origen es del encanto
Y de esos hermosos sueños
Que hacen nacer la esperanza
Y crean noble ardimiento,
Y al pintor dan concepciones,
Y al cantor dan pensamientos..
Mas por dicha ó por desgracia
Pasó, Rogelia, ese tiempo,
Ni la luna, ni las flores,
Ni esos tus ojos tan bellos
Vienen á turbar la calma
En que vejeta mi pecho...

Harto sufrí cuando niño,
Siendo como niño crédulo,

Creía que existe un alma
 Detras de los ojos bellos,
 Y que sus dulces miradas
 Eran el puro destello
 De esa alma.... Y que anidaban
 Las hermosas en su pecho
 Un amor para mi amor
 Y un fuego para mi fuego.
 Mas por dicha ó por desgracia
 Pasó, Rogelia, ese tiempo,
 Y helada está ya mi alma,
 Y está helado el pensamiento....

Eduardo Atard.

LA ROSA BLANCA.

(Continuacion.)

Amante siempre y esclavo de la hermosura, no tardé en ver premiados mis afanes por una de esas mujeres que Dios nos envía para luchar con el ángel bueno que nos guarda, y nos hace víctimas de sus victorias. ¡Una mujer! ¡ah! si alguna vez habeis amado, caballero, si alguna vez habeis comprendido ese sentimiento que á la par que noble y santo por dimanar del mismo Dios, engrandece nuestra alma, y nos arrastra á veces insensiblemente á un abismo de infortunios; si vuestro corazon no ha sido insensible á las miradas de dos ojos negros, y radiantes como un rayo de sol, y á los suspiros de otro corazon que latiere junto al vuestro; llegareis á comprender la fuerza de mis espresiones. ¡Una mujer! ¡sombra de un ángel que trazó una nueva senda á mi existencia, dándome tambien una nueva vida!

Yo la amé con toda la fuerza de mi corazon... la amé del modo que se ama al mas bello objeto de la creacion... ella, Dios me perdone, solo ella era mi riqueza, mi gloria, mi Dios, mi todo... ¡ah! ella me amaba... oid... oid... y si os interesa mi relato conservadlo en vuestra memoria para que algun dia podais derramar una lágrima al acordaros del infeliz ermitaño que en medio de un desierto rogará por vuestra suerte.

III.

Habian mediado ya tres años desde que me ausenté de mi querida madre, único ser que en este mundo velaba por mi felicidad.

Mi padre habia fallecido durante mi ausencia, y mis hermanos aco-
sados por la ambicion de las riquezas se habian despedido para las
Américas. ¡Pobre madre! hasta de ella me olvidé en medio de mis
goces. El único consuelo que le restaba en su amargura, el único
hijo que podia abrazarla y enjugar sus lágrimas se mostraba indife-
rente á su cariño y... ¡vale tanto el cariño de una madre!... Al fin
compadeciósse Dios de su destino, y quiso premiarla en el cielo con
el amor que en la tierra le negaban sus hijos. Mi madre dejó de
existir al poco tiempo. Preciso será confesaros que aquel inespera-
do golpe me sorprendió, pero no tanto que me quitara el valor (me
avergüenzo de decirlo) para sepultarlo en el olvido cuanto antes.
¿No es verdad que fuí muy cruel con mi pobre madre?

Pero yo amaba á otro ser, y amaba con delirio. Os he dicho ya
que una hermosa mujer correspondia á mi amor; debo añadirlos que
me amaba con el mas ardiente frenesí. ¿Podia tener mi corazon un
solo vacío que no estuviera ocupado por su imájen? ¿podia tener
otro pensamiento que el de aquella mujer?

Grandes fueron, sin embargo, los obstáculos que se opusieron al
logro de mis deseos, obstáculos que aumentaban la pasion que á am-
bos nos dominaba, y que nuestra constancia supo vencer. La bendi-
cion nupcial puso fin á nuestros padecimientos. La antorcha del hi-
meneo dispó el tenebroso caos que nos envolvia, y muy pronto
vimos brillar otro horizonte con el placer que contempla el náufrago
la vecina playa en medio de la tempestad que le amenaza.

¡Cuán feliz me encontré en los brazos de aquella mujer! ¡Cuán
rápidas corrian las horas cuando me halagaba con sus caricias! ¡Si
la hubierais visto jugando á veces con los rizos de mis cabellos; otras
veces inclinando su hermosa cabeza, desplegaba sus labios sobre mi
frente que con sus manos sujetaba y rociaba con su perfumado
aliento!...

Era hermosa como la inspiracion de un pintor... pura como la
ilusion de un niño.

Esclavos de un mismo pensamiento, que no era otro que el de
amarnos eternamente, deslizábanse los días de nuestra existencia
sin sentirlos apenas. El uno no estaba un solo instante separado del
otro: el amor nos tenia unidos, confundia nuestros seres en uno y era
imposible su separacion.

Así vivimos por espacio de cuatro años, tiempo demasiado largo
para dos seres que eran enteramente felices. Cuando en el reloj de la
vida veais señalados algunos años mas de los que ahora teneis, ob-

servareis que la verdadera felicidad es muy inconstante y muy poco duradera. Vereis en el trascurso de vuestra existencia seres desgraciados que os impedirán el paso pidiéndoos un pedazo de pan para su alimento; vereis otros seres nadando en las riquezas adquiridas por medio de la intriga y de la traicion; dareis algunos pasos mas y contemplareis, si sois curioso, algunos rostros conocidos de poderosos que visteis mendigos, y otros de mendigos que dejasteis en otro tiempo poderosos.

La vida del hombre es como la vida de la flor. Todos sus atractivos, todas sus galas, son dichas pasajeras, son ilusiones del momento, que nacen, mueren y se reproducen de vez en cuando durante el corto período de su existencia.

Yo he contemplado por una sola vez esa belleza que el placer del mundo nos proporciona; he quedado sin la esperanza de verla renacer. Como el ave que en su primer vuelo saliendo de su nido atraviesa el espacio gozosa en medio de las maravillas de la creacion, sin pensar que bajo ese verde ramaje que le ofrece un asilo entre sus hojas se oculta el arma funesta del cazador que la persigue y mata, así tambien voló y murió mi ilusion primera al correr por primera vez el ancho espacio que prometia á mis ojos el mas risueño porvenir.

IV.

A pesar de mi estado y de mi amor, no por eso me eran indiferentes aquellos goces que lejos del hogar doméstico me ofrecia continuamente la sociedad. Los cuatro años que habian trascurrido desde que me uní con Isabel (asi se llamaba aquella mujer) los pasé aislado sin ver otro mundo que su hermoso rostro, y sin probar otras dichas que las que me ofrecia el cariño de una fiel esposa. Mi vida habria sufrido un cambio repentino, y preciso era que los recuerdos de mi juventud robaran á veces algunas flores de las que el presente sembrara en mi camino. No os diré que Isabel no ocupara aun el lugar que el amor le señalara en mi corazon, habia penetrado demasiado para borrarse tan fácilmente. Era mi esposa aun, mi compañera, pero ya no era mas que una esposa... ya no mas que una compañera. La amaba, sí, pero mi pecho no hacia alarde de ese amor. Me sucedia lo que sucede con un cuadro cuyo mérito es de inestimable valor. Al principio que lo poseereis, entrareis espresamente en la habitacion donde está colocado para admirar de nuevo sus bellezas, no pasareis delante de él sin contemplar la feliz inspi-

ración del artista que lo trazó, ausente de él, consagrareis quizás un recuerdo á sus hermosos contornos; mas despues de algun tiempo no hareis caso ya de él, lo mirareis con indiferencia, y quizás no os merezca siquiera una sola mirada, y este cuadro no obstante no le dariais por ningun precio... sin embargo le teneis cariño... pero un cariño que no os cuidais de manifestar. Como el cuadro, pues, miremos á la mujer despues de algun tiempo de matrimonio. ¿Seremos tambien cuadros respecto á las mujeres?

Volví pues á internarme en los festines del mundo. Los atractivos del baile, los banquetes, las cacerías, los amigos, todo... todo convidaba á gozar de una vida que en algun tiempo fue mi primera ilusion, y de la que el amor me habia separado. Entregado otra vez á sus encantos ni aun reparaba en la tristeza de Isabel, que en vano intentara horrar de su pálido semblante. El amor y la duda iban consumiendo por momentos la existencia de aquella flor que solo habia nacido para adornar el jardín de mi vida.

Aproximábase la temporada en que el bullicioso Carnaval cubre con su manto el negro caos de los dolores y de los remordimientos, haciendo resaltar la alegría en los semblantes y la embriaguez en los corazones de los hombres. Animado por mis deseos quise gozar de sus encantos en los perfumados salones cuyas puertas se abrian al placer. Durante sus noches tuve valor para abandonar á mi querida Isabel, que sujeta al rigor de su destino me despedia con un suspiro de dolor.

Una de esas noches de mentida felicidad en que me hallaba confundido entre una multitud de hermosas, que protegidas por la mascarilla vagaban en todas direcciones en busca del objeto víctima de su venganza, oí pronunciar mi nombre por una voz fuerte y decidida aunque algo dulce: al instante volvíme hácia el lugar de donde presumia que debia salir, y no tardé en reparar una mano cuyas señas correspondian al anterior llamamiento. Acerquéme á ella, la cual no era otra que la mano de una tapada monja sentada en uno de los divanes que cercaban el salon. Sentéme á su lado, esplicóme su fastidio, manifestó conocerme, y al mismo tiempo revelóme la grata satisfaccion que experimentaba al verse al lado del hombre que mas habia amado en este mundo, y que, por desgracia, pertenecia á otra mujer.

Vos sabeis muy bien lo que es un baile de máscaras, y sabeis la libertad de mentir que en él se adquiere desde que os veais autorizados por un pedazo de tela que os cubra el rostro, y os pongais un

traje cualquiera, extraño á vuestra posicion, ó á la época que cruzais, aunque sea un traje de vuestros abuelos.

Sin embargo no sé por qué mi corazon palpitaba al oir las armonías de aquella voz y al recibir aquellas miradas de aquellos dos hermosos ojos que brillaban al través de las dos ventanillas de su antifaz. Mil protestas de amor, mil juramentos salieron de sus labios, cuyo carmin pude vislumbrar en un momento de descuido de aquella mujer. Embriagado de gozo tuvome toda la noche á su lado.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 23 Abril.

Las últimas noticias sobre modas serán las primeras de mi carta, querida Herminia.

Se cree que los vestidos con dos faldas van á ser muy llevados este verano, porque tienen la ventaja de reunir á la sencillez y elegancia, la de facilitar la *variacion*, necesidad tan indeclinable de la moda, que hace parecer ya pesados los volantes; y sin embargo éstos, yo por lo menos lo creo así, no serán completamente escluidos. Sé que en casa de Madame Tiffon se hacen algunos con cinco ó siete volantes guarnecidos de agramar, con bellotas y azabaches. Es casi inútil que te diga que los de ésta son las telas generalmente adoptadas.

El terciopelo negro y el azabache serán con los flecos, puntillas y bellotas, las guarniciones adoptadas para este verano, aunque los primeros me parecen pesados para la estacion, por mas elegantes que sean.

Los sombreros de niña siguen siendo de forma á la *Emperatriz*. Para nosotros los hay lindísimos, de paja de Italia, hasta tanto que se adopten los de la Emperatriz, que en París, Madrid y Barcelona tienen ya muchísima aceptación.

Respecto á manteletas, no se ha decidido aun la moda, pero creo que seguirán llevándose muy pequeños los fondos, con guarniciones de flecos, felpillas ó encajes anchos.

Los adornos para la cabeza son de flores, entremezcladas con cintas, y el establecimiento de Madame Tiffon me pareció un jardin, cuando le visité unos dias antes de San Vicente.

A propósito del dia de San Vicente: hubo el domingo y lunes

el lucido paseo de otros años, en la calle del Mar, así como en todos los sitios de costumbre, música, altares y *milacres*.

El paseo ya sabes tú que siempre es lucido, porque es uno de los *días de gala* mas señalados en Valencia; pero este año, yo no sé por qué, me parece que ha escedido á todos los años, y oí repetir á J. que nunca ha visto mas muchachas bonitas y elegantes. Seria no acabar, si fuese á referirte todas las cosas que me chocaron; pero recuerdo un vestido de chiné que llevaba una de nuestras graciosas amigas, un sombrero de paja de Italia, con encajes y adornos seda color grana, otro encaje blanco y felpillas seda grana de muchísimo gusto, y otro blanco con adornos de tul céfiro con motitas negras, que sentaba divinamente á una de nuestras mas apreciables amigas. J., como es tan satírico, me hizo notar algunos sombreros cargados de flores, de hechura antigua, y algunos peinados tan estraños, que no podian menos de hacerme sonreir. Entre éstos ví uno que me costó ponerme colorado, porque al pasar junto á la muchacha que le llevaba, J. dijo de modo que creí lo habria oido, «un pilon del puente del mar.” En verdad, que todo lo que huye de la sencillez, huye de la elegancia, y hay muchas que se afean por olvidar este axioma.

El domingo por la tarde hubo parada, y la Alameda estaba llenísima de gente y de carruajes, que quedaron paseando cuando se retiró la tropa.

La semana pasada se ejecutó por vez primera la zarzuela en tres actos *Moreto*, letra de D. Agustin Azcona, música de D. Cristóbal Oudrid. El libreto tiene un argumento bueno y bien llevado, y por fin, moral, cosa harto rara en las zarzuelas. La versificación es buena, y en algunos trozos excelente. La música, aunque generalmente es agradable, no tiene nada que sobresalga, escepto el magnífico final del segundo acto, y un coro del tercero, de bastante buen efecto, y que mereció los honores de la repetición. A propósito de repeticiones: me parece una cosa que exige tanta prudencia para negarla como para pedirla. La primer noche que se ejecutó *Moreto*, gustó menos que esta noche, porque hoy ha sido la ejecución mas esmerada. El apuntador no dudo por qué se le exija mas que á los cantantes: J. dice, que sin duda pretende ingresar en la compañía de zarzuelas; lo cierto es, que produce un mal efecto el oír desde los palcos su voz, tanto como la de los actores. Parreño, representando el papel de criado *Tacon*, hace daño, porque un actor de su mérito, y que ninguno tiene en semejantes papeles, en mi concepto rebaja su dignidad, encargándose de ellos. Luego suprimiendo

el canto en algunos de los solos, aumentó los abundantes recitados de la zarzuela, y aun recitando suprimió, según creo, algunas estrofas. La Albini salió vestida con suma elegancia, y deseo verla completamente mejorada.

San Vicente Ferrer, amiga mía, no ha correspondido á lo que se esperaba del autor del *Españoleto*. Se hizo el domingo, y estaba anunciado para el lunes por la tarde y por la noche; pero en vista de l éxito se cambiaron los carteles, y el lunes por la noche ya no se hizo. Repartidos sus cuatro actos en cuatro altares, hubieran pasado por cuatro *milacres*, y no muy chistosos. Algunos trozos de muy elegante versificación no pueden suplir la falta de argumento, ni cubrir otros notables y abundantes defectos, entre los que se hace irresistible una jota intempestivamente bailada en el castillo de Caspe, á presencia de San Vicente y de la afligida viuda del Rey D. Martín, para celebrar la elección de su sucesor. En fin, no quiero decirte más, porque no pretendo pasar por crítico, y el que de éstos tome por su cuenta el *San Vicente*, yo te aseguro que necesita largo rato.

Se han repetido *Sin prueba plena* y *El Marqués de Caravaca*. La simpática y laboriosa Samaniego estuvo en ellas inimitable, y obtuvo muchos y merecidos aplausos, especialmente en la zarzuela.

También sigue arrancando aplausos la parejita Mendez: quisiera, Herminia, que la vieses bailar; estoy cierto que te gustaría, especialmente Cristina.

La última novedad ha sido una piecesita en un acto, de un joven valenciano, titulada: *De un tiro dos pájaros*: no tiene originalidad en el argumento, ni... pero al fin pasó.

He oído hablar muy bien de una zarzuela de Olona y Gaztam-bide, titulada: *Los magyares*, y tengo vivos deseos de que se ponga en escena. ¿La pondrán?

Hay anunciadas algunas representaciones en que tomará parte el actor Calvo. Veremos.

Adios, Herminia, no puedo estenderme, porque es hora de correo. Tuya

Adela.